



:: [portada](#) :: [Opinión](#) ::

22-12-2016

Alepo, Ankara, Berlín: geopolítica del desastre

Santiago Alba Rico

Cuarto Poder

Habrá que analizar sus consecuencias y alertar sobre los peligros, pero a nadie puede extrañar lo ocurrido. Era cuestión de tiempo. Tanto el asesinato del embajador ruso en Ankara como el atentado de Berlín se inscriben en una lógica imparable que, fruto a su vez de una acumulación histórica anterior, comenzó hace ya cinco años: eso que la revista *Esprit* llamó "nuevo desorden global" y Pablo Bustinduy, del modo más elocuente, "geopolítica del desastre".

Para entender ese marco catastrófico que demanda nuevas catástrofes, en un rebote sin fin entre paredes cerradas, conviene abordar el contexto desde la denuncia de una ilusión muy peligrosa que parece imponerse entre la izquierda, y ello precisamente cuando la izquierda retrocede en todo el mundo. Conocidos militantes anti-imperialistas latinoamericanos, por ejemplo, interpretan el asesinato del embajador ruso en Turquía como una "respuesta" al creciente protagonismo de Rusia y China en el mundo, describiendo ese protagonismo, en tono positivo, como "la peor pesadilla para EEUU". Esta interpretación incurre, a mi juicio, en una doble ceguera. La primera es la de considerar que el pistolero turco, al disparar sobre el diplomático, estaba defendiendo de algún modo los intereses estadounidenses, si es que no estaba dirigido o comandado directamente desde Washington. La segunda, más grave, es la de considerar que una "pesadilla para los EEUU" es necesariamente una liberación para la Humanidad; que cualquier acontecimiento o alianza o cambio geoestratégico que ponga en dificultad a los EEUU se corresponde automáticamente con una erosión del capitalismo y un fortalecimiento de la democracia, la justicia social y los DDHH en todo el mundo.

Se diría más bien que está ocurriendo lo contrario de lo que esperábamos y deseábamos. El declive indudable de los EEUU se corresponde con una desdemocratización radical que anticipa a escala ampliada y global una repetición negra del sangriento siglo XX, pero con una nueva polarización autista y sin esperanza. Estamos de nuevo -podríamos decir- en 1914, si bien no hay ninguna revolución de Octubre a la vista y sí, en cambio, un aumento colosal de las "fuerzas destructivas" y de los imperialismos -y neofascismos- que las gestionan. Los radicales van ganando y, aún más, están ya en los gobiernos; no somos "nosotros" ni "la clase obrera" ni el "proletariado en armas construyendo el socialismo". Los radicales son los otros y sería un error imaginarse como "alternativa radical" -cuando la "alternativa radical" también son los otros- y no menos apostar por uno de los radicales enfrentados arguyendo que sus bombardeos aéreos, sus violaciones de los DDHH, su autoritarismo y su capitalismo mafioso pone en aprietos a los EEUU. La justa indignación contra un mal concreto no introduce necesariamente en el mundo ningún bien concreto y, si no tenemos recursos para proponer materialmente una alternativa, podemos acabar multiplicando y hasta magnificando los males concretos.

La izquierda tiene razón en obsesionarse con Siria. Hay que comenzar por alguna parte. Podríamos empezar por Sykes-Picot o por el pacto del Quincey o por Afganistán o por la más reciente y criminal invasión de Irak. Cualquier punto es al mismo tiempo una condensación y una oportunidad de intervención. Pero es bueno comenzar allí donde de pronto son los pueblos los que toman la palabra. Empecemos en 2011. Una parte de la izquierda insiste en reprochar a esos pueblos -sospechosamente "árabes"- su inoportunidad y torpeza, como culpables de esta nueva geopolítica del desastre, en una acusación semejante a la del juez machista que exime de responsabilidad al violador porque su víctima llevaba una falda corta o tenía pelo y cuerpo o sencillamente respiraba. Si esos pueblos, que no podían ganar, no se hubieran levantado contra el opresor... Este argumento es tan ultraconservador -tan "soviético" si se quiere- que en realidad es tremendamente "de derechas". Lo es hasta el punto de proporcionar argumentos a las nostalgias imperiales: cuánto



mejor hubiera sido que los filipinos hubieran aceptado el yugo español en 1898, más benigno que el estadounidense que lo siguió; y qué error el de los árabes en 1914 al rebelarse contra el imperio otomano, sustituido por el atroz colonialismo inglés y francés; y qué locura la de los palestinos en 1936, cuando se rebelaron contra el protectorado británico sin comprender que iban a caer en las garras de Israel. Eso por no hablar de los revolucionarios rusos que en 1917 no comprendieron que su levantamiento contra el zarismo iba a traer consigo la guerra civil, el estalinismo, los gulags y, setenta años más tarde, la más catastrófica restauración del capitalismo (y del zarismo).

Ahora bien, es cierto que Siria es de alguna manera la vía muerta de la revolución democrática que comenzó en 2011, así como el principio de la desdemocratización que, desde allí, se extiende hoy por el mundo. Siria devuelve el protagonismo a las dictaduras: las ya existentes se envalentonan (Arabia Saudí o Irán), las nuevas son aún más severas que las derrocadas (Sisi en Egipto y la sombra de Hafter en Libia) y las que parecían superadas se contraen (la deriva autoritaria de Erdogan en Turquía). Siria es también la causa de la doble radicalización que caracteriza el neofascismo europeo: el ascenso de la extrema derecha y la reactivación del yihadismo terrorista. Siria es también la causa de la decadencia de la hegemonía estadounidense que, de manera indirecta, explica a su vez el triunfo electoral del neofascista Trump en Washington. Siria es también la causa, en fin, del retorno de la Rusia *putinesca*, hipernacionalista y mafiosa, a la escena internacional, mediante bombas no menos destructivas ni más liberadoras que las de EEUU en Irak y en Afganistán o las de Israel en Gaza.

De todas estas calamidades, cierto, son responsables los pueblos que reclamaron pacíficamente una pizca de democracia, unos gramos de dignidad, unos centímetros de justicia social y no la dictadura que les respondió con bombas de barril; las potencias occidentales que los abandonaron; las teocracias del golfo que aprovecharon la ocasión para imponer sus agendas; las milicias yihadistas que se nutrieron de huérfanos desesperados y nihilistas europeos y los países -Rusia e Irán- que utilizaron todos los medios a su alcance -los mismos que EEUU tantas veces en América Latina o en Vietnam o en Irak- para sostener hasta el límite a un tirano asesino al que no le gusta que su pueblo tenga pelo y cuerpo y respire. De la desdemocratización del planeta tienen la culpa las mujeres y hombres que pedían democracia, ¿o todos aquellos que, de derechas y de izquierdas, de forma activa o pasiva, los han sacrificado? El paralelismo de la guerra civil española no es ni exagerado ni fraudulento: la victoria allí del fascismo fue el umbral, no lo olvidemos, de la segunda guerra mundial. La diferencia hoy es que la izquierda no juega ningún papel y por lo tanto la "guerra mundial" que se avecina -terror contra terror en metástasis locales- no dejará ningún margen a las luchas democráticas. La democracia ha muerto. Los DDHH -apenas una buena idea- pertenecen al pasado. Asad, gran triunfador, es el modelo; y a la izquierda impotente y vencida le gusta ese modelo porque incluso en EEUU se ha impuesto, como ellos querían, un protodictador. El mundo multipolar es un mundo multidespótico, lo que sin duda es un gran progreso para los que creen que los pueblos del mundo llevan medio siglo pidiendo a gritos (¡libertad! ¡libertad!) bombas multinacionales -rusas, iraníes, chinas, indias, sirias, egipcias- en lugar de solo "americanas".

No me gusta la palabra "fascismo". En primer lugar porque funciona ya como una lítote: es decir, a fuerza de utilizarla sin criterio para subrayar la gravedad de un fenómeno ha acabado por quitar importancia a su objeto. A nadie la asusta el "fascismo", que pertenece al pasado y no define sino nuestro deseo subjetivo de indignación. Y sin embargo hay motivos para asustarse. No sabemos cómo llamar al nuevo fascismo, que es además muy diferente del de los años 20 y 30 del siglo pasado. El fascismo clásico era antirreligioso, anticonservador y "revolucionario"; incluso "anticapitalista" en su discurso y su liderazgo. Al mismo tiempo arraigó y se extendió en una Europa ideológicamente polarizada y realmente revolucionaria que ya no existe. Pero podemos



llamar "fascismo" con prudencia a lo que viene -a lo que se está imponiendo- en el sentido de que el fascismo clásico fue el resultado de y acompañó a un proceso de desdemocratización radical, exactamente igual que ahora. Si Siria es, de alguna manera, la fuente contaminante -o una de ellas- la responsabilidad de las grandes potencias y de la propia izquierda en este proceso de desdemocratización es innegable y reprobable. En un mundo en el que ya no hay alternativa sistémica, ni siquiera imaginaria, y en el que los medios de destrucción se han multiplicado al infinito, se va cerrando cada vez más el campo de nuestras elecciones políticas. En un mundo así la lucha por la democracia, los DDHH y la justicia social queda postergada *sine die* -y prohibida y criminalizada- en nombre de la seguridad física y "cultural". En un mundo así, entre bombardeos y atentados terroristas, habrá que buscar y encontraremos sin duda buenos motivos egoístas, antropológicos, de pura supervivencia geopolítica, para escoger entre una dictadura u otra: Trump, Putin, Asad, Le Pen o el ISIS. Pero ninguno de esos motivos podrá ser nunca "de izquierdas".

En la Historia todo ha empezado siempre ya. Pero todo empezó esta vez porque unos pueblos locos quisieron respirar y reclamaron democracia, justicia y dignidad. Y todos los gobiernos y todos los partidos -sin excepción- corrieron a enterrarlos e imponer, contra ellos, contra todos nosotros, un neofascismo global. Alepo, Ankara, Berlín son algunos de sus terrenos de juego.

Fuente:

<https://www.cuartopoder.es/tribuna/2016/12/21/alepo-ankara-berlin-geopolitica-del-desastre/9436>